

cuchemos la disertación elocuentísima de Tito, quien hablaba en los términos siguientes:

— La despedida de Alejandro al comenzar sus expediciones ¡ah! no parece de un héroe, parece de un chicuelo. General tan excelso, joven tan fuerte, lloraba como la noche primera en que lo destetaron. Poco ejército llevaba, convencido íntimamente de que Grecia debía vencer á los imperios asiáticos, no por la fuerza, por la inteligencia; no por el número de sus soldados, por el número de sus ideas. Acompañáronle hasta la primer jornada, como un coro de recuerdos, todos los veteranos, y como un coro de esperanzas todos los mancebos. Entre sus lugartenientes, unos habían pasado de la madurez y entrado en la triste ancianidad de su vida, mientras otros no estaban, como él mismo, todavía en su adolescencia. Pero ¡cuántos idos en compañía suya con oscuros nombres, como los Tolomeos, por ejemplo, adquiriéronlo tan imperecedero, que todavía los mentamos hoy en la política y en la ciencia nuestras! Veinte días tardó en ir de sus dominios macedónicos á la Propóntide. Aquella vía triunfal de tantos irruptores semejábase por tal ocasión á un vivo poema, porque los aires, impregnados indudablemente de recuerdos sacratísimos, debían resonar con las líricas voces de los héroes inmolados en los conflictos eternos entre la tierra del privilegio y la tierra del derecho. Alejandro, tan poeta como héroe y tan héroe como político, no cesaba un punto en evocar los mártires de Maratón, de Salamina, de Platea, de Micala, de Tempe, inspirándose con su recuerdo; y á cada paso departía con los suyos de los esfuerzos hechos por los soldados lacedemonios bajo Agesilao y por los diez mil héroes de Xenofonte. Como por una fiesta continua pasó el rey por las orillas del Bósforo. Así llegó al punto que separa Europa de Africa. ¡Cuántas emociones debían en su corazón levantarse! ¡Cuántos recuerdos en su memoria! Enamorado por entonces de la fama, no había tenido más amores que con esta maga ceñida de venenosos laureles. Mas por muy ajeno al amor y á sus goces, aquel solitario en medio de la muchedumbre, aquel cenobita en medio de las tentaciones, muy sensual, contaba sólo veinte años, y á tal edad bien debía ver las historias de amor guardadas en las conchas de aquellas arenas, en las algas de aquellas aguas, en las flores de aquellas orillas. El vuelo de la hermosa Heles debía bri-

llar con sus aleteos de luz en los aires, y el cadáver de la mártir Hero, abrazada con su Leandro, debía flotar sobre las ondas de aquellos mares á los ojos del joven poeta. Y á estos recuerdos uniríanse otros no menos vivaces y sacros, los recuerdos de aquellos dioses transformados al pasar del continente asiático al continente nuestro, y los recuerdos de aquellas irrupciones, cuya venganza y desquite había tomado sobre sus débiles hombros. Jerjes echó allí su puente de barcas para pasar del Viejo al Nuevo Mundo: que tal debía llamarse, nueva, por aquel entonces Europa, frente al hierático y secular territorio del Asia. Un millón de hombres traía Jerjes, y cincuenta mil apenas llevaba siglos después en el juego de su desquite Alejandro. Pero el millón de Jerjes representaba la casta, y los cincuenta mil de Alejandro representaban la Grecia. Esa fuerza de Jerjes no pudo vencer á la idea de Grecia en su irrupción, la idea de Grecia en su desquite vencerá la fuerza de los herederos de Jerjes. La emoción de Alejandro, al pisar Asia, no puede hoy ni medirse ni expresarse. Juntando, como ningún otro héroe, intuiciones de poeta con cálculos de político, el gigantesco desmedido conquistador veía con sus ensueños realizarse un ideal y con sus ambiciones abrirse una inmensa dominación. Sentado en la nave que lo conducía y que semejaba un altar flotante por su carácter sacro y por su riqueza litúrgica, no quiso á ningún otro mortal ceder el timón, pues aspiraba siempre al primer puesto y á la primera autoridad, tanto por los títulos adquiridos en su herencia cuanto por los méritos granjeados en sus trabajos. Llegado sobre aquellas aguas tranquilas á la mitad perfecta del canal, detúvose, y equidistante con exactitud matemática del continente nuestro y del continente asiático, inmoló á Neptuno un toro, alzó el cáliz áureo á las alturas en demanda y requerimiento de auxilio al apurar libaciones religiosas, asestó un dardo á la tierra donde sus conquistas debían ejercerse, y pronunció los nombres de un Hércules para evocar la fuerza, de un Júpiter para evocar la omnipotencia, de una Minerva para invocar la sabiduría, como si en vez de una guerra cruel y porfiada iniciase una ceremonia teogónica. Lo cierto es que, artista por la mayor parte de sus propensiones, tanto como guerrero y político y explorador, no quiso adelantarse al seno de la misteriosa tierra donde penetraba sin certificar por algunos hechos solemnes



el enlace de todo cuanto ideaba y quería con lo intentado y hecho por sus predecesores inmortales. Él iba con igual empuje que los héroes de Agamenón y de Ajax á mantener la eterna porfía entre Asia y Grecia; por consiguiente hallábase obligado, en lo altivo de su carácter y en lo alto de su intento, á recordarla en el suelo mismo donde sucediera la apopeya elénica. Las tierras de Frigia, los campos de Troya, el sepulcro de Aquiles, obligáronle á desnudarse de toda vestidura regia, como si quisiera en esta desnudez mostrar la fundamental igualdad humana, y después de ungrirse con aceite oloroso, á vaciar las ánforas fúnebres sobre las piedras mortuorias y á deponer coronas en solemnísimos homenajes que acompañaban los tañedores con plañideras cítaras y los coros sublimes con versos elegíacos. Al mismo tiempo que honraba el sepulcro de Aquiles Alejandro; Efestión, su amigo, también honraba el sepulcro de Patroclo. Nada más natural que toda esta religión de los recuerdos. Pero lo que indica en cuánto superior grado sentía el héroe macedón las ideas luminosas, y cómo llevaba una síntesis por realizar antes que una conquista por cumplir, fué, sin duda, el sacrificio también ofrecido sobre la tumba de Príamo, sacrificio verdaderamente destinado á simbolizar la conjunción luminosa entre dos ideas, las compenetraciones sucesivas entre dos almas, las síntesis superiores entre dos pueblos hasta entonces enemigos. En las menores cosas Alejandro demostraba ser la viviente síntesis que debía prevalecer después de su muerte y quedar como un lazo de unión estrecha entre los dos continentes. Sus vestiduras distaban mucho de la sencillez griega y asemejábanse á las recargadas y ricas preseas orientales. Era de ver al dios, porque lo parecía, circuído maravillosamente de su joven oficialidad, que se acercaba mucho por mil semejanzas al coro formado por los dioses segundos en el Olimpo; del milagroso escudo, perteneciente á Minerva, precedido; centelleando á las chispas lanzadas por el esplendor de armaduras que atraían los ojos de sus amigos y deslumbraban los ojos de sus enemigos; la rodela de acero al brazo; el casco ceñido de blancas plumas, dispuestas en forma de penacho, á la cabeza; su cota de muchos dobleces al cuerpo; el collar de riquísima pedrería en su garganta; la espada, como rayo en lo ligera y en lo exterminadora, resplandeciente al costado; sobre los hombros la túnica, fabricada en Sici-

lia con mucha delicadeza; el manto de púrpura en la espalda, y en los pies borceguíes como los usados por genios celestiales de todas las teogonías conocidas en sus descensos á la tierra. No hay que dudarle: cuantas particularidades se veían en aquella vida tan maravillosa y extraña; cuantas actitudes tenía el cuerpo suyo, flexible como una serpiente y fuerte como un león; cuantas palabras fluían sus labios, como cuantas empresas ejecutaban sus armas, todo en él obedecía por su conjunto al proyecto capital de su genio, á la unión estrechísima entre Asia y Grecia. Con estos pensamientos se acercó al Gránico, línea estratégica de primer orden, la cual debía darle, una vez franqueada, la clave del Asia Menor. Parmeniión, el primero de sus generales, abrió en el enemigo brecha, y aunque hubo de retirarse, por sólo llevar tres mil hombres, ante los movibles muros de lanzas que le oponían los persas, la falange formando un triángulo erizado de picas, la caballería tesalia con sus ímpetus, el genio de Alejandro con su arrojo, vencieron á Memnón, y desde tal victoria, lo mismo Éfeso que Mileto, lo mismo la ciudad de Esmirna que la isla de Chipre, lo mismo el monte Pago que el monte Tauro, lo mismo Tiro que Sidón, entregáronse al conquistador, componiendo desde aquel entonces la sacra legión de pueblos en que debía reinar como una religión nueva el helenismo. Así no es maravilla que repartiera una parte de los despojos entre los soldados cuyo valor le secundara, y otra parte de los despojos entre los dioses que le favorecieran, reservando la tercera y última, menor por su volumen, pero excesiva por su valor, pues allí se hallaban todas las joyas, para su madre, á quien obedecía desde lejos y amaba con ternura incesante. ¡Qué batalla más tarde la del Iliso! Llevaba el rey heleno cuarenta mil hombres, y el emperador persa cuatro más por lo menos contra cada uno de sus enemigos. El campo de batalla era una planicie admirablemente dispuesta para que pudieran moverse los numerosos ejércitos y muy contraria por todos sus terrenos á la marcha del invasor extranjero. Mas con ver los dos combatientes notábase la superioridad moral del menor, el griego, sobre el mayor, su contrario, el asiático. Mientras aquél mostraba la cohesión originada de afinidades interiores y la sobriedad de costumbres convenientes á la disciplina y á la obediencia, parecía éste voluptuosa corte andando en procesión aparatosísi-



ma. Vestiduras ligeras de un lado y mucho acero, mientras de otro lado vestiduras pesadísimas y mucha pedrería. Sobre la tienda del emperador persa un sol de oro encerrado en urna de cristal, y á su puerta un heraldo que solía agitar el aire con las vibraciones de su áurea trompeta. El fuego sacro iba en argénteas aras circuído por legiones de cabalistas y astrólogos dados todos á la oriental magia; tras unos trescientos sesenta y cinco jóvenes, envueltos en púrpura y cantando himnos religiosos, resplandecía la efigie del dios mayor de aquellas gentes, rodeada por sacerdotes vestidos de blancas túnicas y armados con áureos cetros; no lejos, para designar el puesto de los jinetes en armas, unos carros llenos de dioses, á cuyas espaldas veíanse de diez á doce mil caballerías montadas por individuos provenientes de todas las naciones subyugadas á Persia y ornados con sayales de crecidas mangas, todas recamadas por piedras preciosas; á trescientos pasos quince mil cortesanos con tales afeites y adornos que parecían hembras recién compuestas en sus tocadores; un trono ambulante soportaba la persona del monarca, circuído por maravillosísimas pompas, ahumado por nubes de incienso y demás aromas litúrgicos; seguíanle luego Nino y Belo en simulacros de metales riquísimos bajo sombrillas multicolores y entre colegios sacerdotales; doscientos príncipes de regia sangre rodeaban á todos estos déspotas del cielo y de la tierra, cuyas tiaras celestes y bandas rojas y puñales ligeros y sayos purpúreos les daban el aspecto de ídolos, hasta que, cerrándolo todo, se descubría la raíz de tantos males, mal escondido so el viciosísimo lujo, un harén compuesto de trescientas concubinas, servido por innumerables eunucos y llevado sobre los lomos de camellos y elefantes; todo ello con el extraño aspecto de una ciudad, que se moviera nómada por aquellos inmensos territorios, sin norte y sin rumbo, sólo para ostentar su esplendor increíble y su asiática magnificencia. ¿Qué había de suceder? El número inmenso empleado en estos oficios múltiples y adscrito á estos cargos de corte no servía ni á la defensa ni al ataque, no servía para combatir. Necesitado cada cual de atender al respectivo señor, ya ídolo, ya monarca, ya príncipe, no podía romper contra el común enemigo. El griego estaba destinado á dominar la muchedumbre del asiático por su destreza, cual domina el nauta los oleajes del Océano por su inteligencia. Había un imperio y su corte de un lado,

mientras del otro un pueblo constituído para el combate y en la organización y en la forma propias de un ejército. Alejandro, á caballo, lo animaba todo y ponía la confianza de cada cual en su fuerza y en su acción, mientras Darío, desde su santuario litúrgico, estaba como ausente. La falange macedónica y la caballería tesalia dieron en seguida cuenta de aquel harén populosísimo. El viento



Batalla del Ilioso entre Alejandro y Darío (Mosaico de Pompeya)

de las ideas occidentales pasó como un huracán sobre las castas. El héroe vencedor no significaba otra cosa en su espléndida victoria sino la libertad de Occidente, imponiéndose por su intrínseca virtud á la fuerza del Asia. Darío tuvo que descender de su elefante y tomar un caballo árabe para huir del campo nefasto y ponerse con algunos compañeros en cobro. Todas sus mujeres y todas sus riquezas cayeron en manos de los griegos. Pero como Alejandro no se propusiera tanto vencer al Asia, sino asimilársela y difundir en ella su propio espíritu y sellarla con su idea, trató á la madre de Darío, á la mujer, á las princesas, cual hubiese tratado á griegas de su familia idas al campamento. Ellas, que se creyeron próximas á la muerte tras la rota de los suyos, no sabían de cuál suerte corresponder al vencedor, ignorando como su propósito de respetar las vidas y las personas en ellas dimanaba del propósito superior



de perseguir y desarraigar su dominación y su autoridad. El desquite de Grecia estaba cumplido, y el Oriente se abría, mal de su grado, pero se abría por completo, al genio y al pensamiento helénicos. Da vértigos materialmente la carrera de Alejandro. Recogidos los despojos tras victorias tan enormes, entran sus huestes en Damasco y suben como águilas por las laderas del hermoso Líbano, cuyos cedros sirvieran á las primeras navegaciones, y domaran, convertidos en naves, el Océano indómito. Fenicia, Siria, Palestina, se doblegan á su paso como los débiles arbustos por su caballo de guerra tronchados en los bélicos empujes. El templo de Salomón le abre sus puertas, y el canto de los salmistas le bendice como si viniera de parte de Jehová. Tiro, Sidón, Chipre, Lesgos, las tierras más ilustres caen de hinojos á su presencia y ofrecen coronas á sus sienes. En la desembocadura del Nilo funda su Alejandría cuyos faros dirigen las navegaciones y cuyos pensamientos renuevan el espíritu. Después de haber bebido las aguas sagradas en que van disueltos tantos misterios; después de haber saludado las pirámides iluminadas por las ideas y pulidas por los siglos; entre alamedas graníticas de obeliscos y mudos coros de gigantescos esfinges, dirígese al templo de Júpiter Ammón y conversa con el desierto líbico, fecundo en recuerdos, y con el cielo inmenso, esplendente de revelaciones. Su voz hierática se mezcla en himnos sin fin á las profecías hebreas, prosperando el mesianismo que la sostiene como sus manos sacerdotales ofrecen sacrificios al buey Apis en las murallas ciclópeas de Menfis. Desde allí, queriendo medirse con todos los poderes y tratar con todos los dioses, marcha rápidamente á Babilonia, no sin haber tenido que ganar antes batallas como la de Arbela, y no sin haber sumergido un poco su alma helénica en el inmenso panteísmo asiático. Después llegó á Persépolis, donde los monumentos titánicos desconcertaron sus ideas griegas respecto de proporción y de armonía. Los templos parecidos á montañas, las poblaciones parecidas á cordilleras; aquellas graderías como sobrepuestas para ofrecer ascenso á dioses; las pilastras parecidas á edificios enteros y coronadas con diademas de palmitos, en las cuales se graban misteriosas leyendas; los colosos tallados en granito; los esfinges con sus cabezas de mujer y sus colas de vaca; los altares enormes, no hicieron más que agrandar las pro-

porciones de su gigantesco espíritu y sugerirle ambición mayor á la sentida por su insaciable corazón hasta entonces. No contento con estas conquistas corre á las montañas Medas y se propone penetrar en el centro mismo de Asia y en la matriz donde se forja la vida de tantas razas. Aquella Bactriana á que Semíramis había llevado con arrojo el espíritu de Caldea, vese invadida por el espíritu de Siria. En su afán de subir este hombre había subido hasta el techo de nuestro planeta, cual si quisiese tocar desde allí las estrellas. Sacerdotes de todos los cultos le acompañan, dioses de todas las teogonías le siguen como cautivos, despojos de todos los templos llenan sus carros de guerra; el mago y astrólogo caldeo, el gramático jonio, el sofista griego, el nabí de las religiones proféticas, el sirio domesticador de serpientes, el egipcio intérprete de jeroglíficos, el geta que invoca los dioses infernales al son de su tambor diabólico le siguen y le obedecen como queriendo forjarle un cortejo de ideas. Así no sabrá detenerse ante ningún obstáculo. El Cáucaso y el Tauro le servirán de trono; el Caspio y el Mediterráneo de alfombra; con igual empeño requerirá para su imperio la vieja Troya, henchida con una civilización secular, que la bárbara Tartaria, desolada por guerras continuas. Él hará de la vieja Ecbatana un sitio real, de la hija semisalvaje del Oxo explorado su esposa, de los hechiceros sus oráculos, de la ignorada India su verdadero santuario. Después de haber pasado por los desiertos mongoles, después de haber asistido á la cuna del género humano, después de haber mezclado en sus venas la savia de todos los primitivos árboles, después de haber departido con las viejas divinidades, entra en la India, donde salen á recibirlo mozos agitando en sus manos incensarios de oro, guardias que llevan ramas floridas pobladas por canoros pájaros, mujeres que le abren palacios cuyas puertas giran sobre goznes de esmeraldas, dioses ante los cuales parecen niños los dioses de Grecia, bracmanes sabedores de los primeros misterios, magos que acercan el cielo á la tierra, reveladores de ideas desconocidas y provenientes de templos que se dirían fundados sobre la eternidad, surgiendo á sus ojos un mundo, aunque antiguo, desconocido y extraño. ¡Ah! Si no estuvieran cerca de nosotros sus días; si los tiempos suyos no fuesen tan históricos cual nuestros mismos tiempos, apenas creeríamos el relato de todos



estos hechos, tomándolos, en verdad, por fábulas inverosímiles y absurdas. Pero este hombre que se detiene al penetrar en Asia como si penetrara en viejo templo, y se desnuda como los atletas de Olimpia en el sepulcro de Aquiles sobre la tierra de Frigia, regada con la sangre de sus padres, y despide ideas en los combates como un árbol frutas ó aromas, y entra con igual respeto religioso en los templos del desierto líbico que en los templos de la sacra Palestina, y lleva en su manto el polvo de las soledades monoteístas, donde truena el Sinaí, para sacudirlo sobre los verjeles de la India, y ofrece holocaustos, así al Belo persa como al Marte griego, y desposa en Susa los héroes de su ejército con las princesas asiáticas; siguiendo todas las ceremonias litúrgicas de los cultos orientales, y trae rapsodas de la Jonia, flautistas de la Frigia, poetas de la Hélade, bufones de la Propóntide, heraldos de la Lidia y hasta cenobitas de la India para que le sigan; cuando vestido con los trajes litúrgicos de Baco y acompañado de bacantes ebrias, despide misteriosos oráculos de sus divinos labios, no hace, no, en este sincretismo de razas, de cultos, de dioses, de teogonías, de ideas, de ciencias, sino mezclar y confundir el alma de Grecia con el alma de Asia por toda una eternidad.

Al llegar Tito á este punto de su arenga oyéronse las voces que daban á Británico venia para que á su vez hablase, y todos los ojos y todos los oídos se convirtieron hacia el joven y desgraciado príncipe. Oigámosle pues.



## CAPÍTULO V

### LA ORACIÓN DE UN SUICIDA

—¿Cometerá Británico alguna imprudencia? —preguntó con anhelo al liberto el bueno de Tito.

—Lo ignoro. Todo puede temerse del estado de su ánimo.

—El abandono de una mujer por un hombre pareceme grave materia cuando tanto recela hoy Agripina que la deje Claudio y que la deje por amor paternal á Británico —observó Tito.

—Escuchemos, que ya comienza Británico.

—El troyano Eneas —dijo el príncipe con ademán y entonación de orador, — que corre á las riberas lavinias en pos de un espacio donde pueda erigirse con verdadero brillo ciudad rival de la perdida y acabada por el furor heleno, se halla expuesto, como sus padres, á la cólera devastadora de Juno. Ésta protegía también á Cartago y la designaba para impedir el dominio de Roma soñado en sus nobles ambiciones por el troyano fugitivo. A mayor abundamiento, había leído en los horóscopos de las férreas hojas, donde graba el destino sus decretos, cómo un pueblo de sangre troyana debía nacer destinado á derribar las torres cartaginesas y envolverlas en los sudarios de las arenas líbicas. Así habíase propuesto Juno apartar á los troyanos del codiciado Lacio y dispersarlos á los cuatro vientos para que no pudiesen fundar ciudad ninguna rival de su predilecta Cartago. Bogaban los troyanos por los tranquilos mares de Sicilia, cortando las aguas azules con sus quillas y los